



victoria; Porro, que se estrenó como goleador con España; Baena, que se ha asentado en el extremo izquierdo; o Rodri, que volvió a recordar al gran líder de La Roja...

Un punto de ansiedad

¿Y Lamine? Más allá de insistir una y otra vez por el costado derecho, al joven talento del Barça se le vio con un punto de ansiedad en sus gestos porque esa jugada maravillosa, ese gol que le dé el protagonismo que citaba Luis de la Fuente, se le ha negado hasta ahora. Ante Austria lo tuvo, pero el guardameta Schlager y Alaba le sacaron dos remates que llevaban el sello del gol. De ahí sus gestos de desesperación cuando esos dos balones no entraron o cuando

sus jugadas no alcanzaban ese final feliz deseado. De momento, a Lamine le queda el consuelo de ese gol que marcó ante Arabia y que le permitió estrenarse como realizador en una Copa del Mundo.

Pero parece muy poco balance para un futbolista que en la Euro'24 hizo una diana y dio cuatro asistencias y que esta temporada con el Barcelona anotó 24 y repartió 17 pases de gol. Yamal estaba llamado a compartir mesa con las grandes estrellas del torneo, que sí están rindiendo al nivel que se espera de ellos. Muy por encima de Lamine y ese gol ante Arabia aparecen Leo Messi, que lidera a Argentina en busca de su cuarta estrella mundialista con seis goles, y Kilian Mbappé, que suma los mismos goles al frente de una Francia que mete miedo a sus rivales a través de su capacidad ofensiva.

Con cinco tantos están otras dos grandes estrellas del fútbol continental como son Haaland, que en su primera participación mundialista ya está en octavos con Noruega, y Harry Kane, el gran líder de Inglaterra y a la que rescató con dos tantos del lío en el que se había metido frente a la República Democrática del Congo. Y con cuatro, además de su compañero Oyarzabal, protagonista de La Roja con su acierto ofensivo, aparecen Ousmane Dembelé, Vinicius y el senegalés Sarr.

Mientras tanto, Lamine espera su momento para dar un golpe en la mesa y que los focos mundialistas giren hacia su figura. «El Mundial es lo más grande que hay en el fútbol, cada niño sueña con jugar al fútbol y solo pienso en cumplir mi sueño de ganar un Mundial con España», explicó el extremo tras el encuentro ante Austria, dejando claro que él pone por delante el éxito colectivo al individual.

Y, tal y como declaró Luis de la Fuente, Lamine cada vez se encuentra mejor y buscará en los próximos encuentros esa oportunidad para brillar. «Poco a poco me voy sintiendo como soy yo, con las carreras y los regates que necesito. Ya estoy al 100% y preparado para jugar lo que el míster quiera. Tengo que seguir cuidándome pero estoy al 100 %. Desde que salgo del hotel hasta que acaba el partido solo disfruto», afirmó Yamal en la zona mixta del estadio de Los Ángeles.

Para La Roja, recuperar su mejor versión será otro paso fundamental en su crecimiento como equipo en este Mundial. Y una baza más para ese cruce de octavos que promete un duelo ibérico apasionante contra Portugal. Con un serio hándicap en los extremos a la espera de que Nico Williams mejore de sus problemas físicos, el desborde y la habilidad de Lamine Yamal se hacen más necesarios que nunca en este tramo decisivo de la Copa del Mundo.

El plan de la línea ascendente

ANÁLISIS
JON AGIRIANO



Ya están aquí». Imagino que esta frase se repitió ayer con frecuencia en los cuarteles generales de las selecciones y en los corrillos de aficionados. Se refería, por supuesto, al regreso de la España temible de Luis de la Fuente, la campeona de la última Eurocopa. Después de una primera fase en la que sembró dudas respecto a su estado de forma, sobre todo el de varios jugadores fundamentales, en el cruce de dieciseisavos elevó su nivel de una forma llamativa. La actuación de La Roja ante Austria tuvo algo de exhibición orgullosa de solvencia y autoridad por parte de un gran equipo, capaz de aparecer en su verdadera dimensión en el momento preciso. Tolkieniano que es uno, a mí lo de España en Los Ángeles me hizo recordar aquella frase de Gandalf a Frodo cuando le dice que un mago no llega tarde, ni pronto, sino que llega justo cuando se lo propone.

Confieso que no las tenía todas conmigo y que me sorprendió no ya el 3-0 –España está en otra dimensión futbolística que Austria, de la misma manera que los austriacos lo están en el esquí, por ejemplo–, sino el reencuentro de la selección consigo misma. Para que esto se produjera no era suficiente con mantener la consistencia defensiva y con la inercia competitiva que crea sin querer la combinación de buenos futbolistas. Se necesitaba el regreso de Rodri,

Pedri y Lamine en su mejor versión. Y de que esto fuera posible tenía serias dudas. Al Balón de Oro se le veía espeso e impreciso, al canario cansado y a Lamine, todavía poniéndose en forma después de dos meses parado.

Contra Austria, sin embargo, los tres revivieron. Fue una noticia como para mandar parar las rotativas, que decíamos en los viejos tiempos. Que el delantero del Barcelona pecara de individualista, que en un Mundial en el que están apareciendo las estrellas él se obsesionara con anunciar su llegada haciendo sonar las trompetas de Jericó con una jugada maravillosa, no pasó de ser una anécdota, una debilidad propia de un narcisismo adolescente. (Que a algunos les dure más allá de los cuarenta años es otro tema). Lo importante es que Lamine estuvo 85 minutos dale que te pego, creando peligro y confusión al rival. De la misma manera, ver a Rodri y a Pedri dirigir la orquesta hasta el minuto 90 con la chispa y la intensidad que no se les vio en los partidos anteriores no pudo ser más prometedor.

España necesitaba el regreso de Rodri, Pedri y Lamine, y es lo que sucedió ante Austria



Rodri y Oyarzabal celebran uno de los goles de España a Austria. AFP

No es extraño que Luis de la Fuente acabara el partido encantado de la vida. Habrá que ver lo que ocurre el lunes con Portugal, pero empieza a dar la impresión de que al seleccionador le está saliendo bien el plan con el que llegó al Mundial: el de una progresiva elevación del nivel del equipo gracias a la puesta a punto de todos los futbolistas y, especialmente, aquellos de primer rango que no llegaron en las mejores condiciones. Se trataba, en fin, de ir en esa línea a ascendente que es la única que puede conducirte al título.

Visto lo ocurrido hasta ahora, el Portugal-España se presenta como un duelo entre dos selecciones que, tras una primera fase bastante similar, en estos dieciseisavos han tomado direcciones opuestas en lo que a nivel de juego se refiere. Mientras que el grupo de De la Fuente despejó todas las dudas, el de Roberto Martínez, al que quizá le esté pesando el exceso de favoritismo autoimpuesto, sembró muchas más. Lo cierto es que Portugal salió viva de milagro de su cruce contra Croacia, cuya superioridad fue manifiesta y sorprendente. A los lusos les salvó el VAR, primero con un penaltito de los que hay media docena en cada partido –Renato Veiga lo hizo todo por tirarse tras sentir un leve agarrón–, y después con el dispositivo alojado dentro del balón. Según la FIFA, que salió rauda a dar explicaciones de algo que nadie entendía, el Connecting Ball detectó un levísimo contacto de Matanovic, al parecer una mínima rozadura sobre su pelo, inapreciable a la vista y, desde luego, sin ningún efecto en la trayectoria del balón. Este hubiera dado de igual manera a Renato Veiga, de nuevo protagonista, y ese toque habilitaba la posición de Pasalic, autor de la asistencia a Gvardiol. Por cosas así habrá un día en que se organicen concentraciones contra el VAR en todos los campos.

Al equipo de Modric, en fin, les condenó el nuevo fútbol, de la misma manera que salvó el pellejo al de Cristiano, sobre el que se posarán mucho los focos estos días. Quién sabe lo que hará el lunes la estrella portuguesa, en el fútbol todo puede pasar, pero hasta ahora, al menos en los partidos ante rivales de verdadero nivel como Colombia y Croacia, la impresión es que su selección jugaría mejor sin él, desde luego más liberada. Pero la suplencia de Cristiano ni se contempla. Hasta sustituirlo ante Croacia en el minuto 80 fue complicado y eso que no había tocado un solo balón en el área de Livacovic –la estadística es brutal– salvo el del penalti.

8

goles lleva España en cuatro encuentros, la mitad de ellos obra de Mikel Oyarzabal